

MARMI KHUNUPACHA

(La mujer de las nieves)

Recopilado por Profesora †Nilda Rosatto
1968 Relatado por habitantes de la zona
Sajama – Oruro (Casi con la frontera con Chile)



Esta noche de julio de 1968, andábamos en busca de antecedentes antropológicos y estudiando costumbres de los habitantes de la zona y ya la luz del día se agotaba.

Miramos el mapa, la brújula, y vimos que estábamos cerca de un lugar llamado Sajama, casi con la frontera con Chile. Hacia allí nos dirigimos, en una finca nos recibieron los collas con amabilidad, y nos acomodamos en un pajar estirando nuestras bolsas de dormir, juntos con llamas, guanacos y cabras.

Los dueños muy atentos pero oscos y con la piel curtida por el frío, nos convidaron de su cena (carne de oveja asada), y de repente se abrió la puerta de la casa por un fuerte empujón del viento helado:

-¡¡la marmi khunupacha!!...., exclamo la mujer, todos solo levantaron la mirada, y nosotros nos quedamos con la incógnita, entonces preguntamos quien era o que era ese personaje que se nombró. Nos miraron con cierto temblor, pero nos contaron una historia de lo más curiosa y extraña.

Aquí la cuento para que quede como antecedente de los alumnos del profesorado que vale la pena excursionar para verificar lo que nos dicen de buena fuente. Además, tengo que aclarar que muchas palabras fueron pronunciadas en quechua y no muy entendibles para nosotros, así que las traducimos como se pudo al castellano, y las que se escriben recurrimos un poco a como se pronunciaba y otro poco preguntando.

-----*

Entonces, el patrón envuelto en un grueso poncho largo hasta el suelo, se dispuso a contar:

Hace mucho tiempo, vivían solos en una lejana montaña el cazador Kusi y su hijo Wayra.. Kusi era viudo, su esposa había fallecido años atrás, cuando Wayra era aún un niño. En invierno, padre e hijo salían diariamente a cazar zorros, ciervos y osos, para vender sus pieles en la ciudad.

Cierta mañana, muy de madrugada, Kusi y Wayra salieron al monte, pero no lograron cazar ninguna pieza, entonces comenzaron a trepar al cerro alto hasta donde comenzaba la nieve. No perdieron la esperanza y siguieron recorriendo el lugar hasta que se hizo de noche, en ese momento empezó a nevar intensamente, con un viento tan frío e intenso que les impedía tenerse en pie. A duras penas lograron guarecerse en un pequeño refugio cercano, una cueva, en donde pudieron encender fuego. Mientras masticaban charqui y coca, hablaban hasta que en cierto momento el padre dijo:

- Wayra, hijo mío, yo soy viejo y tú tienes ya 20 años, y desde que murió tu madre estamos muy solos y necesitamos una mujer en casa. Deberías empezar a pensar en casarte.

Pero Wayra no le escuchaba, porque se había recostado junto al fuego y dormía profundamente. Con esa vista el padre –Kusi- también acabó por dormirse mientras fuera la tempestad de nieve seguía sin cesar.

En mitad de la noche, el fuerte ruido de la ventisca despertó a Wayra, y comprobó que el fuego se había apagado. Cuando iba a ir a por más leña para encenderlo de nuevo, de pronto vio de pie junto a la entrada de la cueva a una hermosa mujer de tez blanquísima y mirada glacial. Cuando quiso preguntarle quién era Wayra se dio cuenta aterrizado que no le salía la voz y que no podía moverse, como si una gran piedra le oprimiera.

La misteriosa mujer entró en la cueva, se acercó a Kusi, que seguía durmiendo, se inclinó sobre él y le sopló un aire helado que le fue congelando lentamente hasta dejarle sin vida. Wayra, entonces, recobró las fuerzas y logró gritar pidiendo auxilio.

- ¡La Mujer de las Nieves! ¡Auxilio, que alguien me ayude! gritó, recordando lo que había escuchado de ella de sus abuelos y estos de los suyos.

Entonces, la Mujer de las Nieves le dijo a Wayra, mirándole fijamente:

- A ti, por esta vez, te perdono la vida, porque aún eres muy joven. Pero te lo advierto: no le cuentes a nadie lo que acabas de ver, porque si lo haces, te mataré.

-prometo no contárselo a nadie, contestó el aterrado joven

Tras lo cual, la bella y misteriosa mujer desapareció dejando un torbellino de nieve a su paso.

A la mañana siguiente, Wayra trasladó el cuerpo sin vida de su padre, y todo el pueblo extrañado de tan repentina muerte, Wayra dijo que el viento helado y el poco abrigo hicieron que su padre muriera.

Sin embargo, se sentía culpable de lo que había pasado, por haber dejado que se apagara el fuego en una noche tan fría. Wayra, acostumbrado a vivir con su padre, se sintió muy solo y triste sin él.

Pasó el tiempo, y cierto día de tormenta, alguien llamó a la puerta de su wasy. Al abrir, vio que se trataba de una bellísima muchacha, empapada y aterida de frío, que afirmó llamarse Killari y le rogó por favor le permitiera pasar la noche, porque se había perdido por culpa de la lluvia. Al principio, Wayra dudaba porque no disponía de una cama que ofrecerle y tampoco tenía nada de comer. Pero la muchacha insistió en que le permitiera quedarse.

- No me importa comer poco o nada, y dormiré en el suelo. Pero por favor, déjame quedarme solamente por esta noche.

Tal era la insistencia de Killari, que Wayra aceptó que pasara la noche allí. Wayra no tardó en quedar prendado de esa hermosa y dulce muchacha, y le pidió por favor que se casara con él.

Así lo hicieron. Tuvieron muchos hijos y fueron felices durante muchos años. Wayra estaba muy feliz pero había algo en su esposa que era extraño. Killari no salía nunca de casa en ni en los días de buen tiempo o de sol. Pero cuando oscurecía, salía fuera con sus hijos para jugar y cantar con ellos.

Pasaron varios años. Cierta noche, Killari arreglaba suyri (ropa), mientras afuera se levantó un viento feroz y helado que hacía temblar la casa. Wayra estaba recostado, contemplando a su esposa y de pronto, le dijo:

- Killari. No pareces envejecer nunca,

- eso te parece - dijo ella, sonrojándose.

- ¿Sabes? Acabo de acordarme que cuando era joven, una vez vi a una mujer hermosa y que se parecía a tí.

Killari dejó lo que estaba haciendo y escuchó con mucha atención.

- Yo tenía veinte años entonces, y recuerdo que había salido a cazar con mi padre cuando nos sorprendió una tormenta de nieve. Nos resguardamos en una cueva, y aquella noche, vi a esa mujer, la Mujer de las Nieves.

En ese momento, la expresión de Killari cambió, palideció y su mirada se puso helada, fría, se levantó y dijo a Wayra:

- *¡Me prometiste que no se lo contarías a nadie! ¡Has roto tu promesa!*

- *¡Eres tú!* - exclamó Wayra, aterrorizado. - *¡eres la Mujer de las Nieves!*

- *Sí, soy yo* - contestó ella -. *Y como has roto tu promesa, no puedo seguir existiendo en forma humana. ¡Qué lástima! Yo quería vivir contigo y los niños para siempre, pero no va a ser posible.*

Mientras hablaba, Killari ya se había convertido por completo en la Mujer de las Nieves y estaba de pie junto a la puerta.

- *Te dije que te mataría si revelabas el secreto* - prosiguió -, *pero no puedo hacerlo.* No quiero que nuestros hijos, que aún son pequeños, se queden huérfanos sin que nadie pueda cuidar de ellos. No te voy a matar, pero no volverás a verme nunca más. Espero que puedas atender bien a los niños

Y, dejando tras de sí un torbellino de nieve, Killari desapareció entre la ventisca.

- *¡Killari, espera! ¡No te vayas!* - gritó Wayra.

- *¿Adónde vas, mamá?* - lloriquearon los niños, que se habían despertado. Sus voces se confundieron en medio del fuerte viento, mientras ella se alejaba para no volver jamás, y los niños cayeron desmayados de la pena, y la mujer de hielo se volvió, sopló en la cara de ellos, y resucitaron, y volvió y se marchó.

Desde entonces, Wayra cuida celosamente a sus hijos, y en las noches heladas siempre tiene la esperanza de que regrese.

Cuentan los collas, que desde entonces, cada invierno, en las noches heladas, de viento, y con nieve en las alturas de la Puna, dicen los lugareños que se aparece una mujer blanca transparente, como de hielo, estirando los brazos queriendo abrazar a sus hijos, llora, y al rato se aleja flotando en el aire. Cuentan los abuelos de los abuelos, que es la protectora de los niños en las tormentas frías.

